

Experiencias de luchas armadas del pueblo haitiano

Gerard Pierre-Charles*

El carácter de terrorismo de Estado, que ha asumido, desde 1957, el régimen duvalierista, ha suscitado en el pueblo de Haití, al poco tiempo de establecerse esta dictadura, una conciencia bastante nítida de la necesidad de la lucha armada como vía de liberación nacional.

Diversos sectores políticos convencidos de que solo mediante la violencia se podrían deshacer de este régimen, se han lanzado a la acción armada. Si bien esta lucha no ha culminado con la victoria de las armas populares, significa una valiosa experiencia que conviene analizar y conocer. La misma es inseparable de las experiencias de esta índole realizadas por diversos pueblos de América Latina en la he-

roica década de los sesentas, en la que cunde el ejemplo de la Revolución Cubana a todo lo largo del continente.

Además, esta lucha es inseparable de dos grandes momentos en la historia de Haití, en los que las masas han sentido la necesidad de la lucha armada para acabar con la opesión. En primer lugar, la Guerra de Independencia, uno de los episodios más gloriosos en la evolución de América Latina, y que, desgraciadamente, por múltiples motivos históricos, no ha sido suficientemente conocido. En segundo lugar, la ocupación norteamericana de Haití, entre 1915 y 1934, la que representa una nueva forma de esclavitud colonial que llevó al pueblo a protagonizar una batalla decidida contra el imperalismo, entonces en el apogeo de su gloria y de su poder.

* Investigador en el Instituto de Investigaciones Sociológicas de la UNAM.

Estos momentos históricos son los antecedentes más significativos de una tradición de lucha, que si bien no ha prendido aún manifiestamente en Haití, se proyectan en lo futuro como símbolo de nuevas y grandes luchas populares.

I. LA CONQUISTA DE LA INDEPENDENCIA POR EL PUEBLO EN ARMAS

Para entender la magnitud que tuvo la Guerra de Independencia en nuestro país, es preciso recordar que, durante la segunda mitad del siglo XVIII, Haití, llamada entonces *Saint Domingue*, constituyó la colonia más próspera de Francia cuando se incorporó plenamente al capitalismo. Las riquezas producidas por el trabajo de casi medio millón de esclavos importados de Africa, representaba las dos terceras partes del comercio francés en vísperas de la revolución. Tan importante resultaba el volumen de esa producción y de su comercialización en el mercado internacional, que esta diminuta isla caribeña llegó a producir anualmente para Francia, en el período previo a la revolución, más riqueza que toda la América Española producía por año para España. Haití figuraba, en la década 1780, en el quinto lugar del comercio mundial, después de Gran Bretaña, los Países Bajos, Francia y los Estados Unidos.

La esclavitud quería decir la explotación y la opresión económica ab-

yecta; las jornadas de trabajo de más de catorce horas estaban consagradas legalmente por el Código Negro, instrumento jurídico del colonialismo para asentar su dominación. La duración de la vida productiva del esclavo, no iba más allá de los 7 años; aplastado por un trabajo bestial y privado de alimentación, el hombre negro no tardaba en sucumbir bajo el látigo del amo. No solo se trataba de la explotación económica, sino también de la opresión cultural y racial; ser negro significaba la privación de la condición humana, y de toda clase de derecho, mientras que ser blanco abría el acceso a todos los privilegios. La esclavitud era una empresa total de dominación y opresión, entre la minoría de los esclavistas, que sumaban unos cuarenta mil, y la inmensa masa de los esclavos.

En las últimas décadas, anteriores a la Revolución Francesa, la colonia venía recibiendo hasta 30 000 esclavos al año. La concentración de ellos estaba íntimamente ligada con la concentración y la importancia de la producción. De ahí que las contradicciones económicas, sociales y políticas, se fueron acrecentando: entre la masa de los esclavos y los grandes plantadores, negociantes y terratenientes ausentistas; entre estos últimos y la capa intermedia de los libertos, privada de los derechos sociales y políticos; entre los esclavos y los libertos, separados por toda clase de prejuicios, de color y de casta, difundidos por la ideología dominante.

A partir de todas esas contradicciones objetivas, implícitas en la misma sociedad esclavista y colonial, la resistencia a la opresión resultó ser una conducta permanente del esclavo. La que, además de sus múltiples expresiones individuales, venía provocando manifestaciones colectivas entre los esclavos. La expresión más acabada y más constante de este repudio fue, sin lugar a dudas, el "cimarronaje", la huída de cientos y miles de esclavos de las plantaciones, que se refugiaban en las zonas más apartadas de las montañas, para reconstruir ajustándose a los moldes de organización social africanos, o a la inventiva del hombre negro, en su nuevo *habitat* natural, una forma de vivir y de ser libres.

El fenómeno del "cimarronaje" fue durante todo el período colonial un problema creciente para el poder y las estructuras dominantes. No solo tuvo gran importancia económica, ya que los esclavos "cimarrones" escapaban a la propiedad del amo, y se liberaban de la condición de productor de plusvalía absoluta. Sobre todo, adquiría tal significado político, que las autoridades coloniales organizaban capturas y campañas militares en contra de los hombres del monte.

Además del "cimarronaje", durante todo el período colonial, se dieron las esporádicas rebeliones de esclavos, de carácter local y alcance reducido. Todos estos elementos subjetivos y su proyección, en términos de organiza-

ción sociopolítica y de toma de conciencia de los esclavos rebeldes, en cuanto a la forja del espíritu revolucionario, encontraron, en la Revolución Francesa de 1789, el estímulo y el contexto para explotar. Las consecuencias de este magno acontecimiento sobre la sociedad de *Saint Domingue*, fueron variadas. Lo más importante es que estimuló a todo un proceso de reivindicación social y política que fue recorriendo, una tras otra, las clases de la sociedad colonial.

Los colonos blancos, tanto negociantes como esclavistas, en un principio se adhirieron a las reivindicaciones del Tercer Estado, aunque posteriormente empezaron a rebelarse en contra del nuevo orden revolucionario nacido en Francia, proclamando su adhesión al antiguo régimen. Las autoridades metropolitanas en la isla empezaron a tomar actitudes cada día más avanzadas, al paso mismo de una revolución en beneficio de los derechos del hombre y del ciudadano. El grueso de los *petits* blancos, sin mayor fortuna, empezaron a reclamar algunos de los beneficios que el Tercer Estado revolucionario venía adquiriendo en la metrópoli. Los libertos mulatos presentaron sus pliegos peticionarios, fundamentados en la reivindicación de la igualdad social y política, reclamada por la Revolución Francesa.

Poco a poco, durante el período de los acontecimientos que se desarrollaban en el escenario colonial, la masa de los esclavos se fue movien-



do con la potencia que anima a los magnos sucesos sociales.

La rebelión general estalló en agosto de 1771, cuestionando la esencia misma de la esclavitud y del colonialismo. Los esclavos se levantaron en armas en contra de sus amos y en contra de las autoridades francesas. Esta rebelión se valió de la quema sistemática de las plantaciones azucareras, de los talleres e instalaciones industriales, de las haciendas y viviendas de los amos. Un verdadero terremoto se extendió desde el norte, zona de mayor concentración económica y esclavista, recorrió la isla, exterminó y destruyó todos los instrumentos y símbolos del dominio esclavista y colonial.

La masa de los esclavos desencadenada, poco a poco, fue encontrando a líderes idóneos de sorprendente nivel político y militar que vinieron a encabezar este movimiento revolucionario y expresaron las diversas reivindicaciones de los esclavos. Día tras día, el movimiento se fue estructurando con un contenido y expresiones políticas cada vez más nítidas, la más clara de ellas fue la abolición de la esclavitud. Bajo la presión de los acontecimientos, y precisamente a raíz de los cambios ocurridos en 1793, Francia tuvo que abolir la esclavitud en toda la colonia. Paulatinamente, otras reivindicaciones de los esclavos comenzaron a expresarse a punta de fusil; exigieron la tierra, que había valido a *Saint Domingue* su legendaria prosperidad, que seguía siendo propie-

dad de blancos, o de hijos de colonos y libertos. La reivindicación de la tierra fue animando a diversas fuerzas populares y sacudiendo a todas las clases sociales: los planteadores, que se sentían amenazados por la pérdida de su propiedad; los libertos que reclamaban las tierras de sus padres; y los nuevos gobernantes surgidos en el fragor de la lucha, que proyectaban su papel dominante, también con el acceso a los privilegios de la tierra; los "cimarrones" que, durante mucho tiempo, habían ejercido en el monte su derecho a la propiedad de la gran masa de esclavos, reclamaban claramente, el derecho a la tierra.

La rebelión de los esclavos se iba convirtiendo con rapidez en una revolución social de alcance sumamente profundo. Miles de seres, antes embrutecidos y despojados de todo derecho, fueron conquistando la condición humana, mediante la lucha, destruyendo la base material de la esclavitud colonial. La tea, el machete y el fusil, y los secretos del vudú, fueron decisivos instrumentos en este proceso. Dentro de este mismo proceso de lucha armada, de conflictos sociales y conflictos internacionales, la formación del Estado-nación venía afirmándose.

El conglomerado de esclavos traídos de África, totalmente desvinculados entre sí, incomunicados, a veces hablando idiomas diferentes, repartidos entre plantaciones y talleres; esta masa humana, a través de su lucha y de su concientización, se fue estructurando. De tal estructuración nació,

como una exigencia, cada día más nítida, la de la soberanía y la independencia nacional. A través del líder Toussaint Louverture emergió del proceso la reivindicación de la autonomía que expresó claramente en la Constitución de 1801, la primera proclamada en América Latina. Conviene enfatizar cómo esta lucha social, con sus características también de conflictos de razas y de culturas, de lucha entre dos mundos, vino a tener importantes repercusiones internacionales.

Se destacó el papel no solo de las masas en la historia de la lucha armada, sino también el rol de líderes, como Toussaint Louverture, Jean Jacques Dessalines, Alexandre Petion y Henri Christophe, que se proyectan en el plano de la lucha libertaria de América Latina, al mismo tiempo que a nivel mundial, como grandes combatientes por la liberación social y nacional.

Contra los negros liberados y su pretensión al autogobierno, Napoleón Bonaparte reaccionó con máxima violencia, en enero de 1802, para someter a la isla rebelde, una expedición de 25 mil hombres, la mayoría de ellos, veteranos de las guerras europeas, al mando del general Leclerc. Con esta fuerza militar venían 35 navíos de guerra, 15 carabelas, 26 fragatas, y numerosas embarcaciones auxiliares.

Si bien la suerte de las armas no fue favorable a Louverture, por lo menos, pudo hacer un retiro que le permitió mantener lo esencial de sus

fuerzas. Pero ya que Leclerc tenía por consigna aniquilar a los revolucionarios y reestablecer la esclavitud, una de las primeras medidas fue arrestar y deportar a Louverture, quien murió en una cárcel de los Alpes franceses. Pero, tras de él, quedaban generales de mérito que llevarían a cabo la obra iniciada por el precursor. Después de la expedición de Leclerc, y de la puesta en marcha de su proyecto de restablecer la paz, volvió a estallar la insurrección.

Más de diez años de conflictos sociales habían permitido, tanto a los líderes como a las masas, aprender la lección de su combate emancipador, que esta vez logró fundir a todos los sectores en una unión firme, mediante la cual se consumó la última fase de la contienda.

Si en el período anterior, la política de Louverture había sido buscar un compromiso que permitiera al mismo tiempo a la nación tener margen de libertad y de autonomía, pero siempre ligada con su metrópoli, en la segunda fase, Dessalines proclama la guerra total, con miras a liquidar al ejército napoleónico. La confrontación que se da, involucra a todo el pueblo de Haití en contra del invasor y del esclavista y colonialista francés.

Tan pronto como estalló esta nueva etapa insurreccional, Napoleón mandó una nueva fuerza de 8 000 hombres al mando del general Rochambeau, para tratar de detener la rebelión nacional popular. Todos los testimonios concuerdan en que la gue-

rra tuvo un carácter extraordinariamente violento. Y contra la violencia de los colonizadores que reprimían mediante la tortura y las matanzas sistemáticas, la ejecución a personas indefensas, niños y mujeres, los combatientes respondieron también con una guerra implacable, con la consigna de "la libertad o la muerte", y, asimismo, de "quemar las casas y cortar las cabezas". El propio Rochambeau confesaba que "eso no era una guerra, sino una lucha entre tigres". Para entonces, las bajas de los franceses eran aproximadamente de unos 40 mil hombres.

A partir de esta confrontación, que conllevaba la liberación espiritual del hombre negro y su capacitación creciente en el terreno técnico militar, la suerte del colonialismo estaba totalmente determinada.

Todo ello desembocó en la derrota militar de las fuerzas francesas, las cuales tuvieron que abandonar la isla. Esta derrota arruinó los anhelos bonapartistas de construir un imperio americano, y de conquistar y afincarse en el territorio de Luisiana. Miles de veteranos de la "Grande Armée" cayeron en el combate, y Francia al fin y al cabo, perdió la colonia de *Saint Domingue*, la Perla de las Antillas. La victoria haitiana repercutió también en las luchas emancipadoras de la América Española. Haití revolucionario, y en particular, Dessalines y Petion, ayudaron a Miranda y a Bolívar en su lucha de emancipación de América del Sur.

La formación de la nación se logró pues, mediante una lucha armada, que tuvo el carácter de una guerra del pueblo entero. Las masas, ayer totalmente fragmentadas y sometidas, se transformaron en fuerza combativa, en sujeto activo y forjador de la historia, lo que significó la primera victoria de los pueblos coloniales en contra de sus amos, y la primera respuesta de nuestro pueblo al fenómeno histórico de la opresión, ejercitada por el Occidente capitalista.

Fue una guerra, a la vez, anticolonialista, antiesclavista y anticapitalista, en la medida en que la esclavitud colonial era la forma de dominación que adoptaba el capitalismo en sus posesiones en esa época. Pero, más que nada, la revolución haitiana demostró cómo el pueblo armado puede realizar la grandiosa tarea de su liberación.

II. LA LUCHA ARMADA DEL PUEBLO CONTRA LA OCUPACION NORTEAMERICANA

El pueblo tuvo también que recurrir a las armas, a causa de la intervención y ocupación norteamericana del país, entre 1915 y 1934.

Al consumarse la guerra de liberación, el 1o de enero de 1804, la nación empezó a transitar por el camino de la autodeterminación en un contexto internacional sumamente difícil, dominado por las potencias colonia-

listas que nunca perdonaron al pueblo negro de Haití el haber conquistado la soberanía. El racismo, como ideología dominante del capitalismo colonial, se hallaba en todo su esplendor; pese a ello, nuestro pueblo pudo conservar su independencia, conquistada a sangre y fuego, consolidando, poco a poco, la construcción de la nación. Sin embargo, la independencia nacional resultaba limitada por el nuevo embate de las fuerzas neocoloniales, en particular de Francia y los Estados Unidos, que, paulatinamente, fueron ganando posiciones cuestionando siempre el derecho de esa nación a existir como tal.

En el marco del fenómeno imperialista que se da en los Estados Unidos, a fines del XIX, Haití empezó a sufrir, cada vez más, los embates de esta nueva potencia, que menos que ninguna otra, podía permitir a esta nación negra sobrevivir a unos cientos de kilómetros de sus plantaciones esclavistas del Sur. A medida que el imperialismo iba expandiendo sus garras por la región del Caribe y Centroamérica, la soberanía nacional se vió de continuo amenazada en el cuadro de la política del "big stick", que ya se había manifestado con intervenciones militares en Cuba y Puerto Rico, desde 1898; en Panamá, en 1901; en República Dominicana, en 1908 y en Nicaragua, en 1909-1930.

La intervención en Haití en 1915, resultó ser la más duradera y la más violenta de las acciones del imperia-

lismo en aquella área, con un impacto de lo más conmocionante: la llegada de los "Marines", que fue recibida, desde el primer día, como el retorno del colono blanco, y el fin de una soberanía que la nación había ejercido durante más de un siglo. La ocupación significó el despojo de sus tierras a los campesinos, las humillaciones racistas en contra del ciudadano, el pisoteo de la independencia; en fin, el retorno a la esclavitud.

En contra de esta nueva situación de explotación y opresión, se levantó el pueblo, recogiendo las tradiciones más gloriosas de la lucha patria. A partir del momento de la ocupación, el pueblo recurrió a las armas, empezaron a caer soldados y ciudadanos, en aras de la independencia nacional. La historia recuerda los nombres de Joseph Pierre y Pierre Sully. Sin embargo, pese a esta resistencia espontánea, la empresa interventora no pudo ser parada. Las contradicciones internas de la sociedad haitiana; la traición de la oligarquía dominante; el mismo desnivel existente entre las fuerzas invasoras, perfectamente adiestradas, con una larga experiencia interventora; el débil ejército haitiano, y, asimismo, la falta de movilización inmediata y generalizada del pueblo, impidió que se parara el sacrilegio de la bota yanqui en el suelo patrio.

Pero la resistencia empezó a organizarse inmediatamente a dos niveles, que reflejaban posiciones de clase diferentes. En primer lugar, los sec-

tores patrióticos de la pequeña burguesía y del ejército, trataron de organizar una lucha armada en contra de los *marines*. Este movimiento, que recoge el repudio espontáneo de los habitantes de las ciudades, fue encabezado por Rosalbo Babó, dirigente liberal nacionalista que, desde años atrás, venía defendiendo la soberanía nacional y popular. Dicho movimiento, que contó con cierto apoyo entre los políticos, pretendió reagrupar a sectores del ejército y adaptar a la resistencia, viejas prácticas insurreccionales. En particular, la tradición de los campesinos soldados, que, desde el siglo pasado, solían ser utilizados por los "generales", en sus marchas en contra del poder establecido.

El pueblo, en esta operación, se enfrentó como clientela política, a la fuerza invasora —en la misma forma de lucha tradicional basada en el mercenarismo—, por lo que fue relativamente fácil (cosa de meses) para el enemigo, utilizando los métodos de corrupción, e intimidación, disolverlo. Como último episodio de esta resistencia, se dio el repliegue de miles de rebeldes en una antigua fortaleza de la época colonial llamada *Fort Riviere*. Los invasores concentraron todos sus implementos bélicos en la conquista de este fuerte, que fue destruido y sus ocupantes masacrados. Esta derrota puso fin a la resistencia patriótica correspondiente a la primera época de la intervención. Demostró que los levantamientos, al estilo antiguo, no podían enfrentarse efi-

cazmente a la intervención; que el pueblo debería tomar cartas en el asunto; que se debían encontrar nuevos métodos para hacer frente al ejército invasor.

Es a partir de ello, que empieza la segunda fase de la resistencia popular, la lucha armada que encabeza Charlemagne Peralte, un elemento de la pequeña burguesía, quien al identificarse plenamente con la nación, se puso al servicio de ella, en resuelta tarea "para expulsar a los americanos de la isla, o exterminarlos". Tal era la consigna de esta lucha, que fue realmente una lucha del pueblo. Se inicia el 17 de octubre de 1917, con el ataque al cuartel de la ciudad de Hinche, en el centro del país. De ahí en adelante, Peralte empieza sus operaciones cada día más amplias y audaces; poco a poco, organizó un verdadero ejército popular de liberación, atrincherado en las montañas.

Este movimiento fue conocido por la guerra de los "cacos", nombre de los campesinos rebeldes que, durante el siglo XIX, cuestionaron el poder establecido; ya fuera como expresión de su descontento de clase, ya fuera impulsados por políticos en busca del poder. De hecho, con la intervención, los "cacos" —campesinos sin tierra y rebeldes—, se vuelven la expresión más acabada del nacionalismo y de la lucha por la soberanía. Habían sido despojados de sus tierras y condenados a trabajos forzados por las tropas yanquis: su rebelión coincidió con las reivindicaciones más profundas y ge-

nerales de todo el pueblo, que se valió de distintos medios en la lucha, y que, pese a la precariedad de los elementos bélicos, se mostró decidido a pelear hasta recobrar la libertad nacional.

El movimiento se da principalmente en un amplio espacio que cubre los departamentos del Norte, Artibonite y del Nordeste, y que equivale a la quinta parte del territorio nacional, y a la cuarta parte de su población. La guerra de guerrillas del pueblo pone en dificultad a las tropas de intervención y les causa importantes bajas. Llegó a contar con una fuerza, estimada por el mismo adversario, de 5 a 6 000 hombres diseminados en los campos, cerca de 3 000 bajo el comando directo de Peralte en las montañas y planicies del Nordeste; 2 a 3 mil hombres bajo el mando del primer teniente de Peralte: Benoit Batrville, y otras bandas diseminadas, bajo las órdenes de otros líderes de menor importancia. En total, más de 10 000 hombres, y una fuerza logística representada por el pueblo entero que proporcionaba información y víveres a los combatientes. La guerra contra los *marines* fue total; los "cacos" efectuaban ataques rápidos y audaces, y desaparecían; y a medida que sus fuerzas se hicieron más aguerridas, llegaron a actividades de mayor envergadura. Durante dos años, el peraltismo sacudió a todo el territorio haitiano, cuestionando la esencia misma de la intervención, con el objetivo

preciso de la liberación patria. La población entera veía con simpatía y apoyaba al movimiento. Los mismos políticos y los intelectuales de la ciudad entendían que Peralte representaba la resistencia nacional en su expresión más genuina. Sin embargo, el movimiento no logró adquirir el carácter amplio que podría permitirle resquebrajar un proyecto imperialista que estaba reforzando su dominio político y militar en la capital y en el resto del país. Incluso el movimiento nacionalista de Peralte no contaba con las facilidades logísticas y de apoyo internacional, con que se vino a beneficiar, diez años después, la lucha de César Augusto Sandino en las montañas de Nicaragua.

La lucha contra la guerrilla se valió de los medios más modernos, incluyendo el uso de aviones de combate, y también de una represión sangrienta. El yanqui no vacilaba en fusilar, torturar o incitar a la delación —con arreglo a un plan que vino a prefigurar las acciones del imperialismo en Vietnam, y la teoría y práctica de la contrainsurgencia—; dentro de este contexto, de guerra desigual, contra el ejército moderno, entonces el más poderoso del mundo, la confrontación terminó con la derrota de las armas haitianas. Charlemagne Peralte murió el 10. de noviembre de 1919, después de dos años de lucha heroica. Tras su muerte, algunos de sus tenientes continuaron por más de un año hostigando a las tropas

invasoras, llegando a ejecutar operaciones militares hasta las inmediaciones de la capital.

Lo más significativo de esta lucha contra la intervención norteamericana fue la participación del pueblo, el cual demostró que estaba dispuesto, como en la primera independencia, a luchar por la soberanía nacional.

Si las armas no fueron favorables a las fuerzas antimperialistas, la resistencia popular minó las bases mismas de la intervención; más que nunca fue vista como una imposición. El pueblo en armas demostró que no quería ver a su país transformado en una plantación y una colonia de Norteamérica. Y esta llama de la resistencia popular se mantuvo durante los años posteriores, aun cuando adoptó las formas de la resistencia política y cultural, movilizand o amplios sectores populares en contra de la intervención imperialista. De ahí que diez años después de la muerte de Peralte, una gran ola nacionalista sacudió al país, y culminó en un movimiento de gran envergadura por los años 1920-30, que quebró el proyecto colonial norteamericano, obligando a los *marines* a salir de Haití en 1934.

III. LUCHAS POPULARES ARMADAS CONTRA LA OPRESION DUVALIERISTA

Con la ocupación militar de los Estados Unidos de Norteamérica comienza una nueva forma de domina-

ción política. Procónsules locales, apoyados por la "guardia" que formaban los *marines*, imponen un poder civil que pretende responder a los designios de la "democracia representativa", hasta que el mismo deterioro de esta fórmula la hace ineficiente para asegurar el *statu quo*.

En este contexto, sube François Duvalier, en 1957, con un fuerte poder sostenido no solo por la guardia, sino también por grupos paramilitares decididos a poner en práctica el terror para imponer el orden. Las organizaciones políticas fueron disueltas; los líderes asesinados; los sindicatos reprimidos; la prensa, las asociaciones democráticas y demás órganos de expresión ciudadana, fueron callados. Quedaron aniquilados los medios constitucionales y legales de participación. Se impuso la ley de la fuerza y la arbitrariedad. Todos los mecanismos de control, represión y dominación, fueron puestos al servicio del régimen por el imperialismo, a través de su misión militar y de múltiples medios de asistencia policiaca y política. Una represión indiscriminada cubrió toda la sociedad haitiana, alterando los mecanismos de lucha social, introduciendo elementos totalmente nuevos en la dinámica del poder. Además de ello, la misma resistencia y cuestionamiento popular al régimen, y las acciones emprendidas por la oposición, produjeron el efecto de reforzar la política represiva. Asimismo, el régimen se endureció debido a su incapacidad

frente a la crisis del sistema y el deterioro continuo de las condiciones de vida del pueblo.

De ahí que los sectores de oposición, dentro de la variedad de sus posiciones políticas, sintieron la necesidad de recurrir a las armas para defender sus derechos. Esa orientación tomó formas variadas, como ataques a cuarteles, tentativa de insurrección militar, acciones reducidas de ajusticiamiento a verdugos, tentativas de invasión desde el exilio, etc.

Conviene subrayar que fueron los sectores descontentos de las mismas clases dominantes, los que llevaron a cabo las primeras acciones armadas. Los sectores reprimidos o expulsados del ejército ejecutaron en julio de 1959, la primera gran acción militar contra el régimen.

Luego, al calor del éxito revolucionario cubano, se produjo una expedición militar promovida del éxito revolucionario cubano, se produjo una expedición militar promovida por los exiliados haitianos en La Habana, en 1959. De ahí en adelante, al mismo tiempo, se crearon los cuerpos militares y paramilitares de los *Tontons Macoutes*, para hacer frente al "peligro cubano" advertido a través del brazo de mar que separa las dos islas, y exagerado por los servicios de inteligencia norteamericanos. Diversas tentativas de complot se dan en esta etapa, la cual culminó en 1963, cuando Duvalier, mediante una maniobra ilegal, dispuso la prolongación de su mandato presidencial que se suponía

de seis años, haciéndose proclamar presidente vitalicio.

En este contexto, que coincidió con el gobierno del Presidente Kennedy y la doctrina de la "Democracia representativa", la necesidad de la acción violenta se impuso. Los sectores de la derecha antiduvalierista, que compitieron por el poder y gozaron, en cierta medida, del apoyo de la administración Kennedy, se levantaron en armas. Incluso la CIA, en el "doble juego" que nació de la necesidad de combatir al castrismo, por parte, y de "oponerse" a los regímenes dictatoriales por otra, empezó a realizar algunas acciones hostiles al gobierno. Esa situación tuvo el efecto de reforzar los mecanismos de autoprotección del dictador, que establecían una verdadera coraza alrededor de su poder absoluto, usando de los medios más eficaces y tradicionales de poder personal. Los desacuerdos formales entre el gobierno de Kennedy y el régimen haitiano vinieron a alimentar las acciones opositoras. Este fue un medio de Washington de presionar al duvalierismo, para que suavizara sus formas de gobierno, y de buscar, al mismo tiempo, una alternativa viable. Es así, que durante el gobierno de Juan Bosch, en Santo Domingo, la CIA y los sectores más reaccionarios del ejército dominicano, montaron acciones militares a través de las fronteras haitianas, encabezadas por el exgeneral Cantave y diversos elementos expulsados del ejército. El año de 1964,

se caracterizó también, por acciones militares de envergadura. Una realizada por 13 jóvenes antidualieristas, desde los Estados Unidos, pertenecientes a la agrupación Joven Haití, la cual, por haber servido, siendo inmigrantes en los Estados Unidos, en el ejército de este país, aprendieron el manejo de las armas y se vincularon con ciertos servicios especiales. Desembarcando en Haití, lograron pelear, durante dos meses y medio, heroicamente. Sin embargo, carentes de apoyo popular y de una teoría política que les permitiera tal vinculación, su guerrilla fracasó, pese al derroche de valor de que hicieron muestra. Poco tiempo después, otra operación fue desencadenada, desde Santo Domingo, por las fuerzas armadas revolucionarias de Haití, encabezada por Fred y Renel Baptiste, con un contingente de trabajadores y jóvenes exiliados haitianos en Santo Domingo. Debido, entre otras cosas, a la complicidad con el dualierismo, de las fuerzas policíacas dominicanas, este operativo fue frustrado.

Tal ha sido el contexto histórico en que la acción de la izquierda se ha orientado hacia la lucha armada. Las dos organizaciones que integraban esta izquierda; el *Parti d'Entente Populaire* y el *Parti Populaire de Liberation Nationale*, ambos clandestinos, poco a poco, comenzaron a cambiar las formas de lucha política y revolucionaria. Se planteaba, cada vez más, a la orden del día,

a nivel nacional, la cuestión del fusil. Influyó mucho en ello el empuje revolucionario e ideológico de la Revolución Cubana, que se hacía sentir a lo largo y ancho del continente. Numerosos jóvenes que crecieron en la lucha política en este contexto, se fueron orientando hacia la vía armada, como única forma de lucha contra el dualierismo, y de dar solución a los problemas del país. Empezó, a nivel de las organizaciones revolucionarias, un proceso de cuestionamiento crítico respecto a la eficacia de la lucha llevada a cabo hasta entonces. Ya que los militantes caían por distribuir volantes, o por el menor acto democrático, brotó la pregunta de si en lugar de morir apuntando una consigna en una pared, no valía más enfrentarse a la muerte con un fusil. A nivel teórico, estos cuestionamientos fueron articulándose, durante el año de 1966, en debate con algunos grupos disidentes de los partidos de izquierda. En este contexto global tuvo verificativo en 1966, el pleno del *Comité Central del Parti d'Entente Populaire* de Haití, la agrupación comunista que, por medio de su lucha y su esfuerzo, había adquirido la mayor presencia política y organizadora en el país. Este pleno ratificó y dio a conocer un documento que vendría a tener bastante influencia en la evolución política posterior, y en la línea de la lucha armada revolucionaria.

El documento *Vías tácticas hacia la nueva independencia*, después de

una crítica de los principios de organización y trabajo político anteriormente aplicados por el partido, planteó la línea armada como forma de lucha capaz, en el contexto haitiano de entonces, de acelerar la preparación y acumulación de fuerzas revolucionarias, para una situación revolucionaria directa. Destacaron de entre las condiciones que conllevaron a emprender tal camino, las siguientes:

1. Madurez de las condiciones subjetivas de la revolución; grave crisis de las estructuras económicas, sociales y políticas; agravamiento y acentuación de la miseria de las clases.
2. Avanzado grado de impopularidad y descomposición del poder.
3. Prohibición del Gobierno, de toda organización revolucionaria, e inexistencia de posibilidades de lucha política abierta para las masas.
4. Represión feroz en contra del movimiento popular.
5. Crecimiento del descontento general, que hace a la población receptiva al mensaje revolucionario y a la resistencia armada. Existencia de condiciones geográficas propias.

6. Existencia de una vanguardia decidida a llevar la lucha hasta el fin, orientando el trabajo político y militar de sus cuadros hacia los medios sociales y geográficos que constituirán el campo principal de las operaciones armadas.

“La vía hacia la revolución nacional —subraya el documento— implica el empleo de una gran variedad de recursos tácticos de diversos tonos. Desde ahora estamos obligados a emplear formas de lucha de tipo reivindicativo, político, ideológico, de carácter legal, ilegal y clandestino, formas armadas y no armadas”. Sin embargo, “La preparación de la lucha armada debe predominar sobre la intensificación del trabajo político y fundamentalmente nuestra actividad debe ser ilegal y clandestina”.

A partir de estas premisas, el *Parti d'Entente Populaire* ha esbozado una línea militar que señala, entre otras: “partimos de la concepción de una guerra popular que necesita un ejército popular para desarrollar una acción de larga duración, teniendo el campo como principal lugar de acción. Esta guerra popular está íntimamente ligada con la revolución, es decir, con la solución popular de la contradicción fundamental de la sociedad haitiana, y demás contradicciones de orden secundario, accesorias, internas y externas . . .”

“Este ejército popular no podemos levantarlo y armarlo de golpe; debe constituirse progresivamente y de nuestras fuerzas y de nuestras posibilidades actuales mediante formas de acción y de lucha popular”.

¿Cuáles serán esas formas de acción? Serán principalmente de tres tipos:

1. Acciones armadas, de carácter puntual y limitado, teniendo fines:
 - a) castigar a algunos verdugos;
 - b) sustraer armas y materiales del enemigo;
 - c) encontrar los medios financieros necesarios para el ensanchamiento y desarrollo de la lucha;
 - d) sabotear el aparato represivo, las fuentes financieras y económicas gubernamentales;
 - e) manifestar la reprobación popular a ciertas medidas del gobierno;
 - f) crear tensiones políticas en determinados momentos.

2. La línea propone, como segundo elemento y modalidad de las acciones militares en el campo, el “cimarronaje rural”*. El “cimarronaje”, como concepción de lucha, tiene sus raíces en las tra-

diciones más profundas y eficaces del pueblo haitiano durante la guerra de independencia. Implica la inexistencia todavía, de un frente fijo, por desarrollarse a través de múltiples acciones esporádicas en el campo, cuyos realizadores se replegarán y desaparecerán entre el mismo campesinado. La necesidad del “cimarronaje” —dice el documento—, responde a una realidad política, al grado de conciencia revolucionaria, y a la disposición a la acción de los campesinos haitianos actualmente.

“Política e ideológicamente, el cimarronaje moderno difiere del que crearon las condiciones de nuestra primera guerra de independencia, porque está dirigido en contra de explotadores haitianos, cómplices del extranjero, y contra el poder de ellos, porque debe estar dirigido, según los vectores de la ideología socialista, a la alianza obrero-campesina”.

El “cimarronaje moderno” pretende destruir el aparato feudal macoutista, y establecer un gobierno obrero-campesino. Militarmente, este “cimarronaje” debe ser también moderno, debido a la capacidad del armamento y los medios del ejercicio de la violencia popular, y a los enormes

* En referencia a las formas de luchas, de los esclavos en la primera etapa de la resistencia popular. Se trata de la guerrilla en su inicio cuando las fuerzas rebeldes desde la montaña multiplican las acciones, moviéndose en pequeños grupos que se esfuman en el monte.

recursos técnicos de los cuales dispone el poder reaccionario.

Esta línea de trabajo se orienta a movilizar al pueblo del campo, "a inculcar a nuestra principal base social el espíritu de rebelión, de desobediencia y de odio a sus explotadores". El "cimarronaje" se entiende como la acción revolucionaria violenta, con perspectivas más políticas que militares. Una de sus tareas fundamentales es la organización y el desarrollo de la propaganda armada, teniendo por meta no solamente despertar en las masas la necesidad de un cambio, sino más bien, y sobre todo, la de convencer las de la posibilidad de vencer a Duvalier y encender una verdadera revolución.

3. Otro elemento de esta línea, es la aparición de la guerrilla; una vez preparado el terreno políticamente por las acciones de los cimarrones, el esfuerzo político militar debe orientarse sistemáticamente hacia la formación de "bandas", como en el tiempo de la Guerra Patria, de verdaderos focos de guerrilla capaces de pasar a acciones más amplias y más estables. Desde el punto de vista táctico, el "cimarronaje" sería el punto de partida, o fase preparatoria, de la guerra de guerrillas.

En la cadena compuesta de las acciones urbanas y rurales, el eslabón principal es el que tiende al establecimiento de los focos de guerrilla. Esta orientación conducirá directamente, a través de las etapas ordinarias de una guerra de guerrillas, hacia la constitución de un verdadero ejército del pueblo capaz de combatir a las grandes unidades del enemigo, y servir de garantía a las insurrecciones urbanas.

Esta línea táctica político-militar se finca en una realidad muy concreta, la de Haití de los años sesenta, en donde existían determinadas situaciones revolucionarias de naturaleza a ser aprovechadas para movilizar al pueblo en la lucha contra el duvalierismo. Esta línea recibió un principio de aplicación en el mismo año de 1967, cuando el partido empezó a ejecutar pequeñas acciones urbanas de comando, sea el ajusticiar a verdugos, recuperar dinero, etc. En el campo se dio, entre otros, el ataque de La Chapelle, un puesto de la Guardia. Esas acciones múltiples, de formas variadas y alcance bastante reducido, se fueron multiplicando en el curso de los años 67 y 68.

Al mismo tiempo, los órganos políticos del partido publicaban todo un debate sobre la cuestión, tanto para la formación de los militantes, como para una mayor sensibilización de la población. También

el trabajo de preparación de cuadros militantes se fue acelerando. Numerosos elementos recibieron instrucción militar, para estar dispuestos a las tareas de la lucha armada revolucionaria, al mismo tiempo que otros pasos organizativos y preparatorios se estaban realizando.

Paralelamente, el Partido Popular de Liberación Nacional, también marxista-leninista, y operando en el territorio del país, fue dando pasos similares en el planteamiento y la organización de la lucha armada. Así, a raíz de discusiones entre las dos organizaciones, decidieron fusionarse y transformarse, el 19 de enero de 1969, en el Partido Unificado de los Comunistas Haitianos. Dentro de la unidad de línea política, con todos los problemas, limitaciones y diferencias inherentes al proceso de fusión orgánica, en su principio, la nueva organización siguió la preparación de la lucha armada revolucionaria, conforme a su Carta Constitutiva, publicada en febrero de 1969.

Este documento dice, entre otras cosas:

Las tareas políticas esenciales de la revolución democrática y nacional consisten en derrocar la dictadura duvalierista y tomar el poder en nombre de un frente unido de todas las fuerzas antif feudales y anti imperialistas, dirigidas por la clase obrera, para destruir el régimen económico y social actual y operar las transformaciones esenciales de la revolución de libera-

ción nacional en los campos sociales, económicos, políticos y culturales. Las transformaciones democráticas y sociales, tienden a conquistar la plena independencia política y a promover el desarrollo de nuevas relaciones de producción. Esas transformaciones incluyen en particular, la reforma agraria, la nacionalización de la propiedad imperialista extranjera, principalmente norteamericana, el monopolio del comercio exterior, la supresión de la deuda pública, la promoción de prácticas democráticas en la vida social, la liquidación del analfabetismo, etc.

El conjunto de esas medidas revolucionarias y su profundización subsecuente se sitúan en la perspectiva de la marcha al socialismo, del cual la revolución democrática y nacional constituye una etapa obligatoria.

“A la violencia reaccionaria del macoutismo duvalierista se debe poner la violencia organizada de las clases en lucha para su aplastamiento. La vía de la revolución haitiana es la vía armada. Cada una de las fases de este proceso, sea larga, difícil, y sangrienta, combinará los métodos de la lucha pacífica con los de la lucha armada, hasta transformar estos últimos en la forma principal. Esta vía designa al campo como teatro principal de la guerra popular, con la guerrilla como punto de apoyo principal. Ya que la violencia macoutista se expresa de manera permanente y generalizada, la acción de la resistencia armada, tanto en el campo como en

la ciudad es justa y necesaria para la creación de condiciones subjetivas de la Revolución... El eslabón principal de todas las tareas actuales del partido, es la preparación para iniciar la guerrilla. La formación de las fuerzas políticas y militares de la guerra popular y de la Revolución Nacional, es obligatoria para todas las organizaciones del partido, tanto en el terreno rural como en el urbano, tanto en las regiones propicias a la guerrilla como en otras regiones”.

La fusión de estos dos partidos demostraba la madurez de la izquierda haitiana, que lograba unificarse cuando, en todos los países de América Latina, era la época de la división, del fraccionalismo y de las polémicas estériles. Con ello, el partido adquirió una mayor importancia en el escenario nacional. De ahí en adelante, a los ojos de la población los comunistas aparecieron como los revolucionarios decididos a hacer la revolución y satisfacer las reivindicaciones más generales del pueblo. La organización y la presencia del partido comenzaron a tener un alcance nacional; tanto por la diversificación de las acciones emprendidas, como por la difusión de la propaganda del partido.

Fue dentro de este cuadro global, de un movimiento revolucionario en pleno apogeo, con grandes posibilidades de movilización, y que, efectivamente, empezaba a inquietar al imperialismo, al igual que a sus

lacayos locales duvalieristas, que se dio el 26 de marzo de 1969, el brote de un movimiento guerrillero en Cazale, localidad rural situada a unos 35 km de la capital. A partir de entonces, se desarrolló toda una serie de acontecimientos que parecían indicar que la organización había tomado la ofensiva revolucionaria; hubo, de hecho, una ofensiva contrarrevolucionaria llevada a cabo por la CIA y el régimen duvalierista. En pocos meses, entre marzo y agosto, la acción represiva logró golpear significativamente al movimiento; la mayoría de los dirigentes, cuadros y un número importante de militantes, fueron aniquilados en esta operación implacable contrainsurgente. Al hacer el saldo de esta represión, el Partido Unificado de los Comunistas Haitianos señaló que alrededor de 500 miembros de la organización habían caído en esta operación. Los que no murieron en combate, o en los ataques de las fuerzas represivas a las “casas de seguridad”, fueron arrestados, fusilados sin piedad, o murieron de torturas en los calabozos de Fort Dimanche. De ahí en adelante, la presencia de los comunistas disminuyó de un modo notable, y su fuerza menguó considerablemente, ya que la represión había golpeado a lo más significativo de la organización, y a todas las fuerzas aisladas y progresistas, que ya habían entrado en un proceso de trabajo en común con el partido.

Es pertinente hacer un análisis crítico de esta experiencia. El mismo

partido, en un documento publicado, intentó esta evaluación crítica. Y, hasta la fecha, es preciso preguntarse: ¿En qué medida fue la línea de lucha armada adoptada por el partido, una línea equivocada? ¿En qué medida fue la línea justa, pero mal aplicada? El debate en torno de esta cuestión toma mayor significación por tratarse de un notable episodio en la lucha reciente del pueblo haitiano. Asimismo, por lo que se proyecta hacia lo futuro, se han señalado los grandes errores, las fallas organizativas, la juventud misma del movimiento, el estado de ánimo general de la población, todavía aplastada por el terror. Estos, y muchos factores más, no parecen favorables al planteamiento de la lucha armada, o lo hacen aparecer como precoz en el contexto de los sesentas, en tanto que las condiciones objetivas creadas por el duvalierismo no implicaban una correspondencia de las condiciones subjetivas de organización partidaria, o político-militar, y de conciencia revolucionaria.

El partido, pese a sus esfuerzos en este sentido, no logró penetrar lo suficiente en las masas, hasta poder ponerlas en marcha. Todo esto explicaría, además de la eficiencia del golpe asestado por la CIA y los *Tontons Macoutes*, la falta de continuidad del movimiento insurreccional que no pudo sobrevivir a la represión, tal como se dio, por ejemplo, con el Frente Sandinista.

En el pleno internacional, las condiciones no eran tampoco las más

favorables. En el contexto posterior a la Revolución Cubana, la hipersensibilidad contrarrevolucionaria de Norteamérica, la doctrina de la contra-insurgencia, y de la seguridad nacional, ocasionaron la guerra a muerte contra cualquier movimiento progresista, insurreccional, y más aún, contra una lucha encabezada por los comunistas. La solidaridad internacional no había alcanzado el grado que vino a mostrar en la década de los setentas, fundamentalmente con la revolución sandinista. Por esto, y por otras múltiples razones, la denuncia contra la dictadura duvalierista, y la solidaridad con la lucha del pueblo haitiano, no alcanzaron un nivel que pudiera contener el apoyo abierto del imperialismo al régimen de Papa Doc.

El esquema insurreccional de los revolucionarios haitianos de la década de los sesentas, en el marco creado por el duvalierismo, se parecía mucho al que pasó a instrumentar el Frente Sandinista en un contexto bastante similar, en cuanto a la naturaleza del Estado y su impopularidad; el grado de desarrollo económico-social; la poca importancia de la clase obrera, y otros sectores organizados; los niveles de educación política, escolaridad y analfabetismo. El Frente Sandinista llegó a concretar su proyecto, diez años después, en condiciones más avanzadas de desarrollo político, organización y conciencia, y en un contexto internacional más favorable a los pueblos en lucha por su liberación.

Esta sola victoria sandinista bastaría para demostrar cómo resultaba transitable la vía de la lucha armada emprendida por los revolucionarios haitianos en los sesentas. Las dificultades del camino, los obstáculos y riesgos del mismo, son elemen-

tos de un desafío que toca a los revolucionarios y a los pueblos resolver. Este mismo desafío sigue vigente, alimentado por las condiciones de opresión y explotación en las que se encuentra la nación haitiana.

